

Poesía Amorosa de Borges

El tema del amor no ocupa una posición central en la obra de Borges. Su reticencia no nos permitió entrar en ese mundo emocional privado que ocupara tantas páginas en otros poetas. Sin embargo, por la casi anómala situación de tales composiciones, ellas revelan aspectos de su personalidad. Es cierto que siempre se yerguen ante nosotros imágenes de un tiempo y un espacio vertiginosamente fugitivos, de inaprehensibles formas vagamente discernidas en el sueño, tal vez en la pesadilla, del vivir. Sus poemas son meditaciones penetradas por sus obsesiones cotidianas: realidad y fantasía, ser y apariencia, historia y destino; búsquedas en aquello que está "detrás de los mitos y las máscaras".

No hallamos en Borges esos vuelos cósmico-eróticos que son la nota dominante en algunos poemas de Octavio Paz y en cierta temprana poesía nerudiana. Concretamente pienso en el Neruda de *Veinte poemas de amor*, en especial en el magnífico poema IX. Tanto en Neruda como en Paz, hay una visión del amor que los comunica con profundas y esenciales fuerzas interiores que, siendo las que gobiernan el ser, los integran con el mundo. La mujer es la posibilidad de una conjunción reveladora. Más modestos, más tímidos, los poemas de contenido amoroso en Borges no dramatizan la pena ni documentan la exaltación gozosa, no celebran esa 'dicha dolorosa'. Son siempre momentos pasajeros que el poeta detiene más por lo que propician que por lo que son en realidad. Es el arabesco de una meditación el que parece justificarlo antes que una intensidad emocional que el poeta siempre sabe algo irreal.

Borges nos quiere hablar menos de sí que de esos temas que siempre lo conmueven. No es el pasajero, alado momento emocional el que más le interesa. No parece ser Borges el centro. Antes bien, es la extrañeza que siente ante ese ser cuya cercanía lo mueve a una reflexión sobre el siempre asombrado oficio de estar en el mundo. En verdad, si toda nuestra existencia, nuestra identidad, adolece de irrealidad es natural que el poeta se busque en el poema, como un ciego que tantea su camino oscuro. Borges sabe que su destino no lo lleva a esos ámbitos de la experiencia que siempre contempla con fascinación, más un tanto desde afuera:

...El tiempo que a los hombres

trae el amor o el oro, a mí apenas me deja

esta rosa apagada, esta vana madeja...¹

Tal vez por la misma razón que un día viera el universo como una laberíntica biblioteca, o comprendiera el idioma de Tlön en el que no se concibe el sustantivo, en el que el tiempo- ese gran protagonista- diluye en frases adverbiales toda esperanza de concreciones. Consecuentemente, el amor en

y a mis manos,
reacias y con dolor.²

Más controlado, más borgiano, "Sábados" es de las composiciones inolvidables de esta colección. Con una dedicatoria es la primera edición, que luego desaparece: "Para mi novia C.G.", es más ficción que alusión concreta a una experiencia. La presencia de la amada es un perfume que lentamente se irá consumiendo "en el recuerdo". Recuerdo es una forma más íntima de aquello que solemos llamar tiempo. Afuera vive otra raza de "hombre que no te vieron", pues la contemplación de esa belleza es transformadora. La música que llega en la tarde, son "anhelos clavados en el piano". Ansias que se liberan en música. La tarde, la ciudad, se ha tornado en deseo y la belleza de la amada puebla ahora todo el mundo. Esa palpitación ha desplazado toda otra forma de vida. Las miradas del amante llegan hasta un límite allende el cual existe un país misterioso que es "tu vivir", esa realidad existencial inasible al poeta y a todos los hombres. Afuera, en el ocaso, otra imagen de su languidecer, hay otro mundo ciego, nocturnal, al que no llega la luz que el amante percibe y que le inunda el alma. Reaparece en la segunda estrofa una idea que Borges repetirá en otros poemas y en algunos cuentos:

No hay más que una sola tarde
la única tarde de siempre.³

Así como juega con la idea de que los hombres, al recitar a Shakespear son, en tal momento, Shakespear, podemos decir aquí que el tiempo se ha abolido y que esas tardes de "Sábados" que reviven la misma pasión, el mismo amor, son, en esencia, una sola y única tarde. Es éste un momento, una duración que nada altera, que el transcurrir no toca:

...Las palabras
no logran arraigarse en su paraje
Y se escurren como agua.⁴

Es un mundo transfigurado que el acontecer no penetra, una suerte de duro encantamiento en el que hasta la misma emoción del poeta pareciera una anomalía. De ahí que la estrofa termine:

Te traigo vanamente
mi corazón final para la fiesta.⁵

experiencia. Muchos vivimos, con ligeros matices diferentes, las mismas módicas aventuras, similares emociones. Queda, es verdad, el heroísmo, el enfrentarse al peligro y a la muerte en gestos que definen nuestra identidad para siempre. De ahí esas presencias insistentes en sus poemas de espadas y cuchillos, éstos empuñados por compadritos del sur y aquéllas por antepasados ilustres. A él le quedaron los libros de algunos juegos con el infinito como nos lo aclara. El amor, entonces, también carece de singularidad:

Estas líneas publican mi secreto
semejante al de todos.
¿A qué apilar alardes verbales
decoro de sentencias y de imágenes,
para decirte lo que sabes?
También tú junto a la esperanza viviste
Y hubo en ti dicha dolorosa...⁹

El tema del amor único, intransferiblemente nuestro, aquí se transforma en pasión de alguna manera compartida, en vivencia casi social. La emoción, es su inevitable pluralidad, lo iguala y acerca a otros seres. Y si tal vibración es así parte de común intensidad afectiva es natural que en ella nos "reconozcamos iguales, como ante una común música patria". El amor lejos de tornarnos diferentes nos confunde con una palpitación en última instancia siempre colectiva. Nada más obvio pues que equiparla a esas emociones que nunca concebimos como individualidades. La patria, el himno, tal vez una bandera son afectividades que nos integran con una comunidad. Es importante apreciar que aquí el amante no se eleva a condición de elegido, sino que se involucra en una pluralidad que Borges reitera.

En otro poema, "Trofeo", la intensidad de la experiencia amorosa paradójicamente testimonia una pobreza. Todo ese ímpetu afectivo que ahora invade y esa hermosura que al prodigarse le enriquece la vida, eso que lo torna dichoso, "albriciado de luz", dura una jornada. Con el atardecer y la partida ese "noble acopio de memorias" será reducido en el tiempo a unos pocos vestigios. Adornarán el alma "en la inmortalidad de su andanza". La memoria pertenece al tiempo y el alma es inmortal. Son dos órdenes ontológicos que al unirse evidencian aún más claramente esa situación de transitoriedad. De allí que el título, "Trofeo", nos revele una suave ironía.

El amor es la motivación central en "Despedida", que se conforma emocionalmente con pautas ya establecidas, aunque siempre posee la unicidad de la manera borgiana. Ese amor, en un momento tan real y verdadero se reduce en el recuerdo y se confunde con "las calles", "el barrio", se va borrando gradualmente en el tiempo. La imagen de la amada detenida en la memoria, tal vez definitiva, proyectará su sentido de ausencia sobre otras

poeta en perpetuidad. Y en esa remembranza hay una certidumbre de soledad final:

Prodigábamos pasión juntamente, no para nosotros tal vez
sino para la soledad ya cercana.

Nos rechazó la luz; la noche había llegado con urgencia.¹⁰

La versión más reciente del poema, que prefiero, evita ciertos forzados argentinismos- "intimidá", "praderías"- y se cierra de manera más natural al suprimir los dos versos finales de la primera versión.

"Casas como ángeles" registra una imagen que es especial antes que temporal. Las casas donde habitan seres queridos y deseados y que en la visión del poeta lucen colores "de aventura", suscitan un entusiasmo aquí sugerido por esa gama viva y activa. Ellos lucen como una promesa de dicha. El amor se identifica con cierta emoción por ese Buenos Aires que el poeta atesora. Detrás de la cancel de hierro está el patio, la sala donde se halla "una clara niña" y en ella- al igual que en "Sábados" de *Fervor de Buenos Aires*- "los dos callaremos, trémulos como llamas". Otra vez la pasión se sostiene en silencio, es inefable ansiedad. La noción de tiempo se introduce en la última línea: "y la dicha presente se aquietará en pasada." Es decir, ese estado de exaltación presente habrá de serenarse y transformarse en otra emoción igualmente bienhechora. No hay un sentido de pérdida, privación, antes bien, la convicción de que la memoria ha de guardar esa felicidad.

En *Cuaderno San Martín* (1929), "A la doctrina de pasión de tu voz" introduce un elemento nuevo en lo que podemos llamar las figuras recurrentes de su poesía amorosa: la voz de la amada. En composiciones anteriores había un factor diverso: el silencio, el acallamiento. Aquí, por el contrario, la voz "es el sonido de la pasión del amor". Ella cobra una autonomía que la separa en verdad de las palabras y los significados y se torna una fuerza venturosa capaz de conmover o esclavizar a quienes la escuchan. Lo dicho toma otro sentido pues esa voz "anega las palabras que dice." Ella sueña y vive en el poeta como una promesa de amor en la tierra. Es un mensajero que advierte la vecindad de la belleza. Tal belleza pareciera estar "fuera del destino", es decir de la fatalidad, participando de es voz casi angélica:

Pero nosotros ya sabemos que hay en la tierra
vocación de amor y presencia entera de dicha:
sólo por haber oído tu voz.¹¹

El concepto sería mallarmeano en su condición de presencia etérea, forma no corpórea, idea que una forma sutilísima contiene, si no se sostuviera tan obviamente en lo argumental. De ahí el título que sugiere una conceptualización algo teológica y nos sitúa en un plano de abstracción. Pero si

específico lo amoroso trae una alusión en la que es útil indagar. De su ciudad en "Buenos Aires":

No nos une el amor sino el espanto;

Será por eso que la quiero tanto.¹⁵

Aquellas casa angélicas, los atardeceres, las rejas y cancelos eran como atributos del amor y también parte integral de su visión de la ciudad. Inesperadamente nos revela que es "el espanto" lo que acerca a esa afección entrañable y no el amor. La certidumbre de que su "sombra" presente se perderá en la "sombra final" pareciera darle esa noción de pertenencia. Esa meditación sobre Buenos Aires nos recuerda su temprano poema "La recoleta", donde se halla el "propio lugar en que han de enterrarme". Aquí, en "Buenos Aires", la sombra triunfa sobre el amor y lo entregará a ese abrazo postrero e indisoluble.

El poema "Elegía", en esta misma colección, lamenta la pobreza de su experiencia a pesar de sus viajes y búsquedas:

Y no haber visto nada o casi nada

sino el rostro de una muchacha de Buenos Aires,

un rostro que no quiere que lo recuerde.¹⁶

Ese rostro en el que el poeta se encuentra y reconoce, es parte de la ciudad que quiere. Aquí reitera su actitud de amante no correspondido, consciente de la imposibilidad de llegar a ser que constituye tal vez lo único real en su experiencia, al menos según nos lo dice en este poema.

La ciudad, el amor, la muerte se unen activamente en "1964". El poema llora una partida y la soledad que lo invade, el mundo que ha dejado su encanto, se ve en cada forma o paisaje. "Casas como ángeles" registraba la proyección de la alegría sobre su visión de Buenos Aires. Por el contrario, en "1964" todo es espejo de un pasado venturoso pero ahora perdido. Cualquier nimiedad puede abrir otra vez la herida, reiniciar la agonía. Si la felicidad ya no es posible en ese mundo que no guarda ninguna maravilla, es comprensible que se vea a la muerte como portadora de una nueva aventura valedera. El poeta no se entrega por entero a su pena. Observa que hay cierto paladear de esa tristeza, cierto goce en la actitud de amante abandonado. Quizás es esa nota irónica la que nos reencuentra con el Borges que conocemos y estimamos. La ciudad- el Sur, una puerta, una esquina- ayer testigo mudo de su dicha, hoy es parte de esa "vana costumbre" que lo lleva a su frecuentación. "1964" comienza con un patetismo que nos extraña, pero la emoción al final ha sido controlada.

Elogio de la sombra no abunda en poemas de inspiración amorosa. Esas meditaciones que el poeta reconoce como parte de un arribo a la vejez, lo

En el aire la nieve y la queremos.¹⁸

Como en el momento crucial de la muerte, que es cuando al fin se nos revela nuestro destino, "la perfecta forma que supo Dios desde el principio", aquí la dicha ilumina no solamente el instante sino también toda la vida que, ahora sabemos, era un largo y doloroso peregrinaje hacia esta felicidad. Desde ella, la contemplación de lo más vacío, la nieve en el aire, refleja esa afectividad que todo lo transforma. "En mi mano está tu mano" nos dice de esa cálida emoción que contrasta con el paisaje invernal. A su vez tal paisaje es una imagen del arribo a la vejez. Así los planos se organizan con ejemplar, irresistible naturalidad.

"Elogio de la sombra", que cierra esta colección, reitera admirablemente algunos de los temas ya frecuentados y que ahora son vistos desde la posición del que ha dejado el tráfago algo inútil de la juventud y mira el vivir en su esencialidad, liberado de otras solicitudes:

La vejez (tal es el nombre que los otros le dan)

Puede ser el tiempo de nuestra dicha.

El animal ha muerto o casi a muerto.

Quedan el hombre y el alma.¹⁹

Esta división entre animal por un lado y hombre y alma por otro, ¿no nos descubre algo central en su actitud? La razón, por ejemplo, porqué su poesía jamás dramatizó aquel íntimo territorio de la sensación, esas hondas vibraciones en que se traduce la pasión amorosa y que constituyen la materia original de tantas páginas:

Mis amigos no tienen cara,

las mujeres son lo que fueron hace ya tantos años.²⁰

Ese mundo que ya es sólo recuerdo, idea, alma, ha dejado todo lo transitorio, lo accidental. El poeta llega, finalmente, a lo innegable:

...Llego a mi centro,

a mi álgebra y mi clave,

a mi espejo.

Pronto sabré quién soy.²¹

Solamente una o dos composiciones de *El oro de los tigres* poseen la

el olvido.”- Aquí está implícita la idea de que el amor puede salvarnos, dar una finalidad permanente a nuestros días.

En todas estas meditaciones sobre su destino hay una interrogación que repite con nostalgia su frustración, se pregunta por lo irremediamente perdido. Sin embargo el poeta sugiere a veces la sospecha de que en otro ciclo del tiempo tales destinos en potencia se cumplan. Y, en verdad, en la eternidad todas las combinaciones serían realizables. “Lo perdido” interroga sobre ese laberinto de posibilidades que es la vida en su comienzo, y que en la vejez, todo reducido ya a pasado, se considera con dolor:

Dónde estará mi vida, la que pudo
Haber sido y no fue, la venturosa
O la de triste horror, esa otra cosa
Que pudo ser la espada o el escudo
Y que no fue?²⁴

El poema termina con dos líneas que casi sugieren una esperanza, quizás sólo un arabesco de la imaginación, juego que no se aproxima al consuelo:

Pienso también en esa compañera
Que me esperaba, y que tal vez me espera.²⁵

Es ésta otra mención de esta latente nostalgia que reaparece en sus poemas. Y es el amor de una mujer lo que a menudo asocia con lo venturoso. En “Al triste” reitera esta idea que una lectura cuidadosa de sus versos nos revela como una insistencia:

Una sola mujer es tu cuidado,
Igual a las demás, pero que es ella.²⁶

Es así donde en el desdoblamiento que ya señalara en “Borges y yo” y que es el mismo tema de “El centinela”, se ve con extrañeza en ese ser cuyo cuerpo comparte. De él nos dice que “Una u otra mujer lo han rechazado y debo compartir su congoja.” Es revelador el hecho de que en ese cuestionar de la personalidad sea ese rechazo uno de los aconteceres importantes que signan se destino y que el poeta acepta como una de las notas que tal vez determinan una identidad.

La rosa profunda y *La moneda de hierro*, sus dos últimos libros de poemas, no recogen una sola composición cuyo tema central sea el amor. Este silencio, en sí mismo significativo, indica una convicción que no necesita reiteración. Tal vez por ello expresa en “El remordimiento”:

9. *Op. Cit.*, p. s/n.
10. Véase *Poemas. 1923-1943*, p. 85 y *Luna de enfrente y Cuaderno San Martín. 1925-1929*, Emecé, 1969, p. 33.
11. *Poemas 1923-1943*, p. 134.
12. *Poemas 1923-1943*, p. 159.
13. *Op. Cit.*, p. 160
14. *Op. Cit.*, p. 160
15. *El otro, el mismo. 1930-1967*, Emecé, 1969, p. 123.
16. *Op. Cit.*, p. 197.
17. *Elogio de la sombra. 1967-1969*, Emecé, 1969, p. 24.
18. *Op. Cit.*, p. 27
19. *Op. Cit.*, p. 155.
20. *Op. Cit.*, p. 155.
21. *Op. Cit.*, p. 156.
22. *El oro de los tigres. 1972*, Emecé, 1972, p. 33.
23. *Op. Cit.*, p. 45.
24. *Op. Cit.*, p. 41.
25. *Op. Cit.*, p. 41.
26. *Op. Cit.*, p. 87.
27. *La moneda de hierro*, Emecé, 1976, p. 89.
28. *Poemas. 1923-1943*, p. 111.